



LIBRO SÉPTIMO

DEL MAGISTERIO ESPIRITUAL

CAPÍTULO PRIMERO

DE LA IMPORTANCIA
DEL MAGISTERIO ESPIRITUAL Y DEL
EXAMEN DE LA CONCIENCIA

DE mil personas que llama Dios á la perfección, apenas corresponden diez; y de cien personas que llama Dios á la contemplación, faltan las noventa y nueve; por lo cual digo que son muchos los llamados, pero muy pocos los escogidos. Y fuera de tener este negocio en sí tan grandes dificultades y tan insuperables á nuestra flaqueza, una de las cosas principalés es la falta que hay de maestros espirituales (desdichadas de las comunidades en donde faltan estos maestros, ó, si los hay,

no los estiman ni conocen), los cuales, después de la gracia divina, son los pilotos que guían á las almas por este mar incógnito de la vida espiritual. Y si ninguna ciencia ni arte, por mecánica que sea, se puede aprender bien sin maestro que la enseñe, mucho menos se podrá aprender bien esta altísima ciencia de la perfección evangélica, en donde hay misterios tan profundos, visiones y revelaciones tan ambiguas, raptos y éxtasis que pueden provenir de Dios ó del demonio, en donde las virtudes morales, declinando del medio por exceso y recelo, pueden ser vicios; en donde la triaca de la oración se puede convertir en veneno de perdición; en donde las visiones pueden ser ilusiones; en donde un alma puede trabajar mucho y ganar poco. Por lo cual tengo por cosa (moralmente) imposible que sin milagro, ó sin maestro, pueda un alma caminar largos años por lo más subido y remontado de la vida espiritual sin que se pierda; y cuanto es Dios enemigo de milagros no necesarios, tanto es amigo que los que tratan de espíritu tengan un padre espiritual en cuyas manos se resignen y renuncien todas sus acciones, quererres y placeres, sin fiarse de sí en lo poco

ni en lo mucho. Y como en la Iglesia triunfante, unos ángeles enseñan á otros, así gusta mucho Dios que en la Iglesia militante unos hombres enseñen á otros, sin que le pidan el magisterio milagroso de los ángeles.

Con ser un maestro espiritual tan necesario para las comunidades que tratan de espíritu, apenas se halla alguno que sea cual conviene, y no me extraña: que de lo muy precioso siempre hay muy poco en todos los géneros. Pero si el maestro quiere hacer bien su oficio, debe, en primer lugar, ganarle el corazón al discípulo; y éste ganado, en el examen de la conciencia ó en la confesión sabrá del todo lo bueno ó lo malo que tuviere en su alma; pero si entonces el maestro se pone muy severo, grave y autorizado en el semblante y en las palabras; si muestra que se escandaliza con los defectos que le descubre el discípulo; si le riñe con ira ó con mal modo; si hace poco caso de lo que le dice bueno, es increíble el daño que le hará, porque, en lugar de amor, le cobra temor, y como el amor todo lo encubre, así el temor todo lo descubre; con lo cual nunca dará cuenta cabal de su conciencia.

Pero si el maestro es blando, llano y

apacible; si apoca las faltas; si alaba con moderación aquellas pocas virtudes que le descubren; si muestra que estima aquella poca oración que le declara el discípulo que tiene; si le modera con amor las penitencias y los ayunos; si le ofrece y da algunas cosas que remedien sus corporales necesidades y espirituales congojas; con este trato blando y amoroso de padre y con las entrañas de una piadosa madre en querer regalarle en lo temporal y espiritual, le ganará el corazón y le enamorará de Dios: ganado éste y enamorado de Dios, hará el discípulo tantas penitencias y mortificaciones, que será menester ponerle antes freno que espuela. Y como los maestros austeros, severos, rígidos y que exhortan mucho á penitencias y mortificaciones, pues esto es su natural, crían unos discípulos de compostura fingida, llenos de temor, con más ceremonias exteriores (como pajes de Palacio) que no con virtudes exteriores, así el maestro espiritual, manso, apacible y cortés cría unos discípulos humildes, llanos, fervorosos y apacibles. Los maestros austeros enseñan mejor la virtud que la perfección de ella. Para la virtud, muchas veces, bueno es el temor; pero pa-

ra la perfección más vale el amor que el temor; que éste cría siervos, y aquél cría hijos de Dios.

CAPÍTULO II

EN QUÉ CONSISTE EL MAGISTERIO
ESPIRITUAL, Y EL DON DE LA DISCRECIÓN
DE LOS ESPÍRITUS

EL magisterio espiritual y el don de la discreción de los espíritus, en su mayor parte es don infuso y cierta especie de luz profética con que se conoce lo más escondido del espíritu. Tiene dos partes: la una trata de los principios universales del buen y del mal espíritu, y se llama sabiduría, que es conocimiento superior por causas altísimas, y esta parte es especulativa y pertenece al entendimiento. La otra parte es práctica, y pertenece al juicio maduro y sosegado que juzga con madurez entre lo bueno y lo mejor. Esta parte trata de los particulares espíritus, juzgando si son buenos ó malos, y entre los buenos cuál es mejor y más seguro; suponiendo este juicio práctico de los particulares suficiente conocimiento especulativo de los

universales. Esta luz es una gracia *gratis data*, no solamente para conocer los espíritus, y penetrar con una vista lo más secreto de ellos, sino para encaminarlos y de malos hacerlos buenos, y de buenos hacerlos mejores, y de virtuosos hacerlos perfectos, y siendo perfectos, conservarlos con humildad y aumentarlos con caridad, en cuyo aumento y crecimiento consiste el aumento de los espíritus.

Lo primero, esta luz magistral, entendiendo mucho, habla poco; enseña más con el ejemplo que con la palabra; disimula cuando conviene y sabe sufrir las criaturas con sus males, condiciones, resabios y defectos naturales. Lo segundo, sin ser maestro voluntarioso, cabezudo, ni amigo de su parecer, le inclina á seguir el parecer ajeno, y más si es de ancianos experimentados, si no fuere en las cosas que la misma razón ó necesidad le obliga á lo contrario. Lo tercero, enseña el maestro cómo ha de anteponer el fin útil al medio difícil. Lo cuarto, le enseña cómo ha de mezclar mucho amor con poco rigor; porque, en materias de espíritu, el rigor ha de ser como la lanza, de que no ha de usar sino en cuanto ayuda con templanza á la buena ejecución. Lo

quinto, enseña cómo ha de condescender á veces con el flaco el regalo corporal lícito, y con el niño en las niñerías; que como son éstos mancos y cojos en la vida espiritual, no pueden á veces caminar sin las muletas de algún descanso temporal. Lo sexto, descubre los grandes provechos espirituales que hay en la abnegación de la propia voluntad, y que la gente espiritual voluntariosa trabaja mucho y medra poco en espíritu y santidad; porque si las obras buenas voluntariosas merecen como seis, las mismas obras hechas por la voluntad divina, explicada por el Padre espiritual, valdrían como veinte, y así pierden lo que va de seis á veinte. Lo séptimo, hace que el buen maestro sea amigo, que todos acudan á las obligaciones del estado en que Dios puso á cada uno, sin que la devoción ni la oración sean capas para faltar á la obligación, inclinando á todos á algún grado de penitencia que no impida las obras de mayor obligación, por ser la penitencia la escoba de la conciencia. Finalmente, descubre cómo el más virtuoso es el más santo y no el más favorecido, sino es que sea juntamente más virtuoso. Esta luz práctica alumbraba mucho al entendimiento, calienta

la voluntad, guía y gobierna las acciones propias y ajenas, penetra los corazones, descubre los secretos, endereza los afectos, remedia los defectos, pega fuego, devoción y espíritu al corazón bien dispuesto; al discípulo, en lo público se encubre, en lo secreto se descubre en los varios, raros y admirables efectos que causa.

CAPÍTULO III

LAS CUALIDADES NATURALES Y SOBRENATURALES QUE DEBE TENER UN BUEN MAESTRO ESPIRITUAL

Todo lo que es muy precioso suele ser poco, raro y admirable; y como el magisterio espiritual, que no tan solamente enseña la virtud, sino también lo más supremo de la perfección, es cosa preciosísima, es forzoso que sea rarísima. Y entre centenares de personas que tratan de oración y son maestros de virtud, apenas hallará uno que sea perfecto y cabal maestro de la perfección, el cual, en la edad, debe ser maduro; á lo menos debe tener la madurez competente en el juicio, maduro en el entendimien-

to; debe ser muy perspicaz en la condición noble, blanda y amorosa; antes manso y sufrido que brioso y magnánimo; en el trato, llano; en las cortesías, cumplido y no superfluo; socorrido en las necesidades, y muy ganador de voluntades.

En lo adquirido conviene mucho que sea buen teólogo, hombre de mucha ciencia y larga experiencia, que suelen ser como el padre y la madre de esta celestial sabiduría; debe saber qué es gracia, en qué consiste, para distinguir los movimientos vitales buenos de la naturaleza y de la gracia; y para si se encontrare con revelaciones dogmáticas y doctrinales, saber regularlas con buena Teología, con la Sagrada Escritura y con la doctrina de los Santos Padres y la Tradición de la Iglesia.

En lo sobrenatural suelen ser los tales muy santos y muy amigos de Dios, con mucha, larga y muy regalada oración, los cuales saben, por experiencia propia y ajena, en qué consiste lo más alto y delicado de la vida espiritual. Estos experimentaron en sí lo más amargo del desamparo, lo más suave de la contemplación, y sus entradas y salidas más secretas y escondidas; saben

por experiencia qué es unión, revelación, éxtasis y raptos; sus palabras tienen una virtud práctica que consuela á las almas afligidas, alegra á las tristes, anima á las pusilánimes y adelanta á las aprovechadas su memoria; consuela á los discípulos, y con algunos de ellos asisten en espíritu, cuya asistencia y presencia los anima y consuela mucho. Estos en lo interior son singularísimos y muy fervorosos para con Dios; pero en lo exterior tienen un trato llano, común y apacible; no se hacen dueños, sino dispensadores de la gracia que tienen; son como causas universales, que se acomodan conforme han menester de su virtud las causas particulares con quienes concurren. Con el caballero son cortesanos, con el docto disputan, con el prelado gobiernan y con el niño se acomodan; no tratan con el virtuoso mediano puntos realzados de perfección por no hacerle daño; contentanse con poca virtud en los de poca capacidad, y conforme al don que Dios da á cada uno, le guía por sus caminos.

Estos tienen ternísimo amor con la Humanidad de Jesucristo, cuya continua presencia los trae honestos, modestos y callados; si no son muy pru-

dentes, serán muy perseguidos de los carnales, á los cuales tratan poco y de lejos.

—○○○—

CAPÍTULO IV

ADVERTENCIAS PARA UN MAESTRO DE ESPÍRITU

Lo primero, se advierta que la virtud, que consiste en cumplir bien con la obligación divina y humana, es el fundamento de toda perfección; y en donde hay poca virtud no puede haber mucha perfección. Por lo cual, su primer cuidado debe ser, en primer lugar, que sea el alma virtuosa, cumpliendo con sus obligaciones; y después, que procure por este camino real y seguro caminar á lo más alto y subido de toda la perfección.

Lo segundo, las virtudes morales, que se ordenan á gobernar bien las acciones humanas, de tal manera consisten en el medio, que si declinan á algún extremo se vician; v. gr.: la demasiada humildad es vileza; el demasiado fervor espiritual se hace un furor breve é imprudente; la penitencia, si es muy exterior y plausible, se hace

jactancia; la demasiada devoción ciega la oración; y así, los muy devotos son muy atrevidos; no temen á veces los males de pena, y menosprecian los males de culpa, sin temer, como debieran, su propia flaqueza. A éstos deja Dios caer en algunas imperfecciones, para que remedie en ellos la compunción y la humildad lo que echó á perder la presunción y la vanidad, que es el vicio inseparable de los muy devotos principiantes.

Lo tercero, haga mucho caso de la oración vocal; y si en alguna comunidad religiosa en donde hay oración mental por regla y obligación, se hallare alguno muy inepto para la oración mental, aplíquenle á rezar su rosario y otras oraciones y devociones fáciles, en el tiempo que los otros estuvieren en oración mental; porque más vale alguna que ninguna oración.

Lo cuarto, acomódese el maestro á la mucha ó poca oración del discípulo, y en ella le procure ilustrar y adelantar. Si el discípulo halla jugo, gusto y gana en meditar los Novísimos, ayúdele mucho por este camino. Si el discípulo se hallare bien con meditar la Vida, Pasión, Virtudes y Muerte de Cristo nuestro Señor, ayúdele mucho

en este particular y váyale pegando amor y estimación de esta santísima Humanidad; que ésta ha sido la mina en donde se enriquecen todos los santos; y no ponga á nadie en contemplación; que esta gracia de arriba viene y la dará Dios como y cuando fuere servido.

Lo quinto, aunque el maestro en las pláticas públicas pida siempre en común á todos suma perfección, suma oración y suma penitencia, lo supremo de la obediencia en particular ha de contentarse, aunque no quiera, con virtud muy moderada y ordinaria, so pena de perderlo todo; porque si al flaco le piden una perfección, á su parecer imposible, y la poca perfección que él tiene en los ojos del maestro es despreciable, de virtuoso mediano se hará vicioso solapado y encubierto.

Lo sexto, no piense el maestro que este negocio de la perfección evangélica es negocio repentino, que pide mucha prisa, pues la perfección repentina no está lejos de su ruina, y dándole mucha prisa se suele tardar más; pues una carrera veloz y vehemente, en camino largo y cuesta arriba, más sirve á la detención que á la consecución del fin que se pretende.

Lo séptimo, la voluntad propia es el veneno de la perfección, y los virtuosos voluntariosos trabajan mucho y merecen poco, y las obras que ofrecen á Dios son como piedras ordinarias; pero los perfectos que abnegan su propia voluntad en manos del Superior y la ofrecen á Dios, cada obra que ofrecen á Dios es como un diamante pequeño en la cantidad y muy grande en la cualidad; cuanto uno sube á la perfección, tanto le mueve Dios interiormente á la abnegación. Perfecto y voluntarioso juntamente, no puede ser.

Lo octavo, la perfección propia y la virtud ajena sufren violencia; y cuanto uno se violenta, asimismo tanto más perfecto suele ser; pero la perfección ajena es como un delicado vidrio, que con la fuerza y violencia salta y se quiebra y pierde, y con el regalo crece; el temor y el rigor son el padrastro y la madrastra de la perfección ajena; pero la benevolencia y el amor son su padre y madre, que la engendran, crían y sostienen. Gánese el corazón y enamórenle de Dios, que de esta manera se hacen perfectos.



CAPÍTULO V

EN QUÉ CONSISTE LA CAPACIDAD NATURAL
Y SOBRENATURAL PARA LA PERFECCIÓN

Es perdimiento de tiempo trabajar mucho en materia de espíritu y perfección con personas incapaces, como los hombres de mal entendimiento, de mal juicio y de mal natural, cuyas pasiones son tan frecuentes como vehementes, con las cuales muy á menudo se les ciega la razón. Estos, á veces, no harán poco en guardar la ley de Dios y en cumplir con las obligaciones del estado que profesan. Suelen ser enemigos muy opuestos de los espirituales, pues con su compostura y modestia acusan callando las acciones desenvueltas y el modo aseglarado de vivir de que éstos se precian. Estos son la destrucción de una familia religiosa, pues siendo muy incapaces de todo lo bueno, son capacísimos de mucho malo.

La capacidad natural que se pide para un grado heroico de la perfección, consiste lo primero en un buen entendimiento, más reposado y verdadero que hábil, sutil y colérico; porque los

muy agudos suelen ser noveleros, hablan mejor de la virtud y perfección de lo que obran. Lo segundo, en un bueno, maduro y sazonado juicio; que si fuere malo, jamás hará cosa buena. Lo tercero, en un buen natural, fácil, dócil, apacible, cortesano y amable, á quien el bien naturalmente agrada, y el mal le da en rostro; que si el natural protervo, contumaz é inconstante es mal inclinado y soberbio, no hará poco en vencerse á si mismo y con guardar la ley de Dios, y hará mucho en cumplir con las obligaciones de su estado. Lo cuarto, en no ser viles ni mal inclinados en las costumbres y resabios; por esto, la nobleza revestida de humildad es muy capaz de toda santidad. Lo quinto, en un natural llano, amigo de la verdad, enemigo de toda doblez, fruncimiento, mentiras y maldad; porque la gente traviesa y traidora, de ordinario tiene maleada la intención, que no la deja caminar bien á la vida perfecta. Lo sexto, edad competente, sin que sean muy niños ni muy viejos; por esto es muy buen tiempo comenzar la perfección en la juventud y adolescencia, antes que se arraiguen los hábitos viciosos del siglo, y antes que crezcan y prevalezcan con

demasia las pasiones; que entonces hay fuerza para la penitencia, pureza para la conciencia, valor para tolerar con paciencia, y muy grande docilidad para acudir bien y prontamente á la obediencia.

La capacidad sobrenatural consiste en la cantidad y cualidad de la primera vocación, que suele ser como el dote con que un padre pone en estado su hija, de quien depende de ordinario vivir rica ó pobre toda su vida.

Lo segundo, mirar qué inspiraciones y piadosos afectos más á menudo reinan en su alma; que son éstos como el pulso, que indican á qué grado de perfección le dispone y le llama Dios, por ser la semilla de la santidad. Lo tercero, mirar á qué virtud más se inclina y cuáles son más conformes á su natural inclinación. Lo cuarto, qué don de oración tiene, y qué grado de ella le comunica el Señor. Lo quinto, ver qué gana, gusto y aplicación tiene á las cosas espirituales, y qué materias piadosas más le llevan tras sí. Lo sexto, cuál es la intención que más á menudo reina en sus obras. Lo séptimo, qué deseos tiene de la perfección y cómo estima su vocación. Todas estas cosas se sabrán en el examen de la

conciencia, y conforme fuere la capacidad, váyale el maestro llenando con mucha ó poca perfección y santidad; que si en un cántaro de una arroba le quieren echar veinte, se perderán, y apenas se logrará una sola arroba. La santidad en las mujeres es honesta, recogida, vergonzosa y retirada; en los mozos es briosa y valiente; en los viejos, venerable, reposada, prudente y muy experimentada. Por lo cual digo que importa mucho, para ser un santo bueno y grande, recibir de Dios un natural bueno y grande en el entendimiento, juicio, discreción, letras y otros talentos, en las cuales la santidad descuella mucho.

CAPÍTULO VI

DE LOS TEMPERAMENTOS NATURALES DEL CUERPO

EL alma, mientras informa al cuerpo, depende de los órganos y temperamentos corpóreos como de instrumentos y disposiciones para producir las operaciones corpóreas y vitales, cuales son ver, oír, andar, hablar, etc.; por

lo cual, las pasiones del alma son símbolos de los humores del cuerpo. La ira es pasión del alma; la cólera es cualidad seca y caliente del cuerpo. Cuando la pasión de la ira anima la hiel y desparrama grande cantidad de cólera por las venas, y el corazón acude con espíritus vitales refinados con cólera, entonces se muestra el hombre sumamente iracundo y se pasa del término debido, se hace furioso; pero la ira moderada, ayudada de moderada cólera, es principio de magnanimidad, constancia, valor y fortaleza, y no hay empresa grande que, sin cólera en lo natural, se pueda comenzar ó acabar.

Si un colérico es santo y trata con perseverancia de perfección y humildad, es constante en las penitencias, en las mortificaciones es valeroso, en las obras heroicas es magnánimo, persevera en la oración y en la obediencia, es pronto; pero si una persona colérica declina á extremo del vicio, se hace contumaz, protervo é incorregible, más quiere morir que humillarse, es porfiado y cabezudo, aunque le castiguen encubre los vicios, pero no los enmienda.

A la pureza, que es pasión del alma, corresponde la flema, que es hu-

mor del cuerpo húmedo y frío. Los fleumáticos son de condición grave y reposada; son tardíos en sus acciones; si llegan á ser grandes es en la sabiduría, que nace de la prudencia, y no en la que nace de la ciencia. Estos suelen tener mejor juicio que entendimiento. Los que vienen á ser reposados y fleumáticos con la vejez y tiempo, si fueron coléricos en la mocedad quédales grande prudencia por larga experiencia de los negocios muy graves que manejaron; pero si son fleumáticos en la mocedad y edad varonil, suelen ser grandes tontos, llanos, fáciles y de muy corto entendimiento y de menos capacidad, ni para las letras ni para la santidad.

La tristeza es pasión del alma, y la melancolía es humor del cuerpo que le corresponde. Hay dos géneros de hombres melancólicos: los unos son melancólicos, coléricos y adustos; esta melancolía se hace de las heces de la sangre, y así es terrestre, negra, fría y densa; la cual, si se enciende con la cólera y predomina, hace á los hombres locos, furiosos, traidores, atrevidos, vengativos, crueles y sumamente mal inclinados. Estos, si dan en tener oración mental, son ilusos, duros de

juicio y de condición; quítenles con tiempo la oración, y si no se volverán locos con sus revelaciones.

Hay otra melancolía que se forma de la flor de la sangre, y ésta es menos terrestre, con menos frío y más calor; tiene en sí algunos espíritus sanguíneos que le hacen dócil, blando y ligero. Esta melancolía causa una tristeza moderada, reposo en las acciones, profundidad en discurso, peso y madurez en el juicio. No hay hombre grande, prudente y sabio que no tenga algo de esta melancolía. Los que fueron coléricos en la juventud, en la vejez tienen esta melancolía. Los que tienen este humor son buenos para gobernar, grandes consejeros, profundos letrados; y si dan en ser espirituales son buenos para maestros de espíritu, por ser de ordinario prudentes y discretos.

Los coléricos sanguíneos son de hermoso temperamento en la niñez y en la mocedad, por predominar la humedad de la sangre. Suelen ser tardos en el entender, hasta que se refina y sube de punto la sangre en la sequedad de la cólera; entonces suelen ser agudos, hábiles, amables y muy conversables; son muy inclinados á la sensualidad;

apetecen demasiadamente el regalo; repugnan grandemente con las virtudes penales, y fácilmente se acomodan á la obediencia, lectura espiritual y á la oración. Si el maestro les lleva por el camino conforme á su natural, caminan mucho y con grande presteza en el servicio divino. Son inconstantes en lo bueno y en lo malo. Estos, bien dirigidos, se hacen siervos de Dios, dejándoles sobre su palabra; si son mozos, tratan con aseglariados y se pierden; sus muy ordinarios vicios son amistades particulares, regalos y poca pureza; bien dirigidos, se hacen santos.

CAPÍTULO VII

CÓMO SE DEBEN AYUDAR LOS PRINCIPIANTES

Los principiantes comunmente son tímidos, ignorantes é inconstantes en lo bueno y en lo malo. Si tienen devoción sensible, son atrevidos en las penitencias; si son regalados en la oración, se creen luego que son santos; si ejercitan virtudes exteriores de penitencias

ó mortificaciones plausibles, son vanagloriosos. El buen maestro alumbre sus ignorancias con muchas pláticas espirituales; animeles mucho á la perseverancia en su vocación; que sean constantes en las virtudes propias de su estado; póngalos el maestro en el orden de las penitencias moderadas, sin que pierdan la salud y se hagan regalones convalecientes; impóngales una compostura llana de sus sentidos, sin consentir melindres ni fruncimientos, hipocresías ni composturas afectadas; sean templados en el comer y pobres en el vestir; lean libros espirituales; recen el Rosario y otras devociones fáciles; frecuenten los sacramentos; ganen indulgencias; visiten á menudo el Santísimo Sacramento; acudan muchas veces al Padre espiritual, á quien deben dar cuenta por menudo de todo lo bueno y malo de su conciencia. Tengan bien repartido y distribuido el tiempo, y en cada hora hagan ejercicio de diferentes virtudes, de barrer, fregar, leer, rezar y orar; porque la variedad misma alivia grandemente el tedio y fastidio que obra la pobre naturaleza, que con el continuo ejercicio de las virtudes se fatiga, rinde y aflige. Ha menester el principiante in-

terpolados los descansos temporales, para llevar adelante el continuo ejercicio espiritual; haya días en la semana, y horas algunos días, destinadas para este alivio, sin el cual se puede perder.

Repáre el maestro qué propósitos tiene más á menudo, y ayúdele á que los ponga por obra. Advierta qué virtudes son más conformes con su natural, y ejercítele en ellas; mire qué idólo tiene en su pecho ó qué pasioncilla más predominante tiene, y se la vaya quitando, no de golpe, sino poco á poco. No sea amigo de mortificaciones de por fuerza, ni el maestro consienta invenciones ridículas ni trajes ajenos de instituto; quítele los objetos, libros, conversaciones y compañías que le pueden entibiar. No trate á menudo de gracias *gratis datas* superiores á su estado, como son raptos, éxtasis, visiones, revelaciones y contemplaciones, por ser peligroso el apetito de estas cosas en gente principiante. Y si alguno recibiere alguna gracia de éstas por privilegio, váyale ayudando el maestro y fundándole en sólida humildad. Tráteles mucho el maestro de la humildad, pobreza, paciencia, pureza, obediencia, abnegación, unión

y fraterna caridad; aficiónelos mucho la voluntad á estas virtudes morales y á la oración mental, guiándole á cada uno por donde Dios le lleva. Procure mucho la perfección regular, que consiste en la guarda de las reglas de su instituto; que la perfección personal poco á poco se alcanza.



CAPÍTULO VIII

CÓMO SE DEBEN AYUDAR LOS APROVECHADOS

EL ejercicio de las virtudes sólidas y macizas de humildad, paciencia, castidad, obediencia, abnegación, fe, esperanza y caridad, es el fundamento de toda la vida espiritual y común á principiantes, proficientes y perfectos; pero el modo de ejercitar estas virtudes es muy diferente en cada estado. El principiante ejercita la paciencia en sufrir una niñería; el proficiente y aprovechado la ejercita en sufrir una sinrazón; pero el perfecto la ejercita en sufrir un testimonio en materia grave de honra, doctrina ó costumbres; y aunque es una misma la vir-

tud que se ejercita, es, empero, muy diferente el modo. El principiante tiene oración mental de meditación; el aprovechado la tiene de afecto; el perfecto la tiene de unión.

El maestro discreto exhorte mucho á estos aprovechados que no dejen la penitencia, por ser la escoba que barre la conciencia; que no se descuiden en la mortificación de las pasiones, por ser la última disposición con la cual vinculó Dios (moralmente hablando) lo suave y regalado de la oración mental; que hagan más caso de la obediencia que de la penitencia, dejando la penitencia cuando lo mandare la obediencia; que antepongan la caridad á la oración, porque dejando á Dios por Dios se halla después con mayor grandeza, gusto y suavidad en la oración.

Procure aficionar á todos á la santísima Humanidad de Cristo Nuestro Señor, para que meditando á menudo su vida, pasión y muerte, se despierte en las almas una grande hambre y sed para imitar aquellas virtudes. Ojalá entendiesen de veras los maestros la importancia de este punto y lo enseñasen y apoyasen é inculcasen muchas veces á sus discípulos. Entrar por otra parte en la vida espiritual, y no por esta

puerta, es entrar por las tapias, como ladrón no llamado. Estos aprovechados deben procurar tener la intención recta en las virtudes exteriores de la vida activa, como en las cátedras, escribir libros, predicar, confesar, y en las misiones y caminos; su vida suele ser muy ejemplar, porque, de la interior presencia que suelen tener de la Humanidad de Cristo Nuestro Señor, de ordinario tienen una exterior compostura en el semblante y grande recato en sus acciones y palabras, para no escandalizar, sino edificar á todos. Estos aprovechados, cuanto más van adelante en la oración y se les va pegando el corazón á Dios y á las cosas divinas, tanto más se les va despegando el corazón y el afecto de las cosas terrenas; se privan de las curiosidades y cosas superfluas que en otro tiempo les llevaban el corazón, y les da en cara el pasatiempo, la comida y el regalo que en otro tiempo apetecían; de manera que, cuanto más se llegan al Creador, tanto más se apartan de las criaturas.



CAPÍTULO IX

CÓMO SE DEBEN AYUDAR LOS PERFECTOS

SUPONGO que los perfectos tienen virtudes sólidas, macizas y heroicas, los cuales no se ayudan tanto enseñándoles lo que deben hacer, pues esto saben ellos muy bien, cuanto acompañándoles en los caminos exquisitos y muy solitarios, por donde Dios los lleva. Que una persona espiritual que anda por camino muy secreto y solitario del desamparo de la contemplación, experimentando en sí cosas raras, admirables; la soledad de aquel camino incógnito le espanta, y desea sumamente compañía de otra persona espiritual que le entienda, á quien pueda comunicar lo bueno y lo malo de su conciencia; porque las cosas espirituales no comunicadas ahogan grandemente el alma, y aunque sean buenas, sólo el no comunicarlas trae el alma ahogada, triste y medrosa; y si halla quien le entienda, con sólo comunicarlas descansa el corazón y se asegura, y más si el maestro es persona santa, que entiende bien estos caminos secretos, pues entonces es inexplicable el gozo que el

alma recibe, y la seguridad, alegría y desahogo con que camina; decir á veces que el camino es bueno por donde va, esto sólo basta para consolar la triste alma.

De estos espirituales hay dos géneros: los unos son devotos, favorecidos y muy regalados; los otros son tristes, secos, desamparados y muy ciegos. Los primeros se consuelan con oírlos, aprobarlos y asegurarlos su camino; de cuando en cuando asegurarlos en la humildad del propio conocimiento ó quebrantarles la voluntad en algunas cosas de su gusto.

Pero los que están tristes, desabridos, oscuros, tentados sin luz, sin oración, sin consuelo, desmayados y teóricos, muy de otra manera se ayudan con palabras blandas y amorosas, con obras de padre y entrañas de madre, llorando muy de veras con ellos, si puede ser, diciéndoles que tienen mucha razón y que es muy pesada la cruz que llevan, pero que viene de la mano de Dios, que de esa manera trató el Padre Eterno á su Hijo por el grande amor que le tenía. Nunca le eche la culpa de lo que padece ni diga que es pena de sus pecados; antes se ha de reducir todo á una prueba amorosa de

Dios. Hágase el maestro un piadoso Simón Cirineo que ayude á cargar esta cruz. Estos son muy santos, y tras este desamparo les suele comunicar Dios un altísimo grado de la contemplación suave: grande servicio se hace á Dios en ayudar á éstos, y es obra muy meritoria.

CAPÍTULO X

DE LOS SIETE VICIOS CAPITALES
QUE SE HALLAN EN VARONES ESPIRITUALES
QUE TIENEN ORACIÓN

ENTRE los varones espirituales que tratan de oración, hay algunos que convierten el veneno en triaca, y otros que convierten la triaca en ponzoña. Los espirituales humildes, entendidos, discretos y recatados que fían poco de sí, y poniendo su confianza en Dios acuden al Padre espiritual ú otro varon espiritual inferior, suelen convertir la ilusión del demonio, mediante la humillación, en una alta oración, esto es, haciendo escalón de la ilusión, para mejor tener oración; de las tentaciones y batallas sacan coronas y victorias;